

P6 1028

Los libros del verano

0094252 RD



ESCRIBE

Jorge
Edwards

21

8 0094252

Los libros tienen su dinamismo propio. He luchado en lo mejor, en el centro ardiente del verano, para terminar de escribir un libro, para cerrarlo en su estructura, para que no queden cabos sueltos ni páginas sin suficiente desarrollo, y ahora, después de haber entregado el manuscrito, tengo la sensación de haberlo conseguido muy a medias. El texto, aunque se encuentre encima de la mesa de un agente y de tres o cuatro editores, a muchos kilómetros de distancia de aquí, respira en mi tocilla, crece por algunos lados, se encoge por otros, no me deja dormir tranquilo, o aparece de repente, del modo más inesperado, en una callejuela, en un mercado, en una habitación larga y donde falta el muro del lado norte · espacios, todos, interrumpidos por el ruido del mar en las cercanías de Punta de Tralos, es decir, espacios pertenecientes a un sueño.

Dejo, de todos modos, que el manuscrito rebose frente a mí vista, o en cualquier oficina de este mundo, o encima de la mesa del Lector Desconocido, y me instalo, en el ocio mal aprendido del final de este verano del hemisferio sur, debajo de una lámpara, en combate singular con uno que otro zancudo, entre libros desparramados entre cojines y por el suelo. Abro, en primer lugar, para otorgar a la poesía la prioridad debida, la reciente colección de sonetos de Oscar Hahn, Estrellas fijas en un cielo blanco. Lo que siempre me ha gustado de la poesía de Hahn, que es, aunque algunos, por despiadados, aún no lo sepan, uno de los mejores de su generación en castellano, es que se hace cargo de la tradición poética, se inserta deliberadamente en ella, se alimenta de ella, e introduce, al mismo tiempo, un matiz propio, una variante contemporánea, coloquial, chilena. El primero de los sonetos es un arte poética, una descripción del soneto

mismo, una definición de su autonomía, su brillo interno, su inmutabilidad, su carácter benéfico o maligno, su carga de perdurable energía: "Y sin embargo, las estrellas fijas / a veces blanquechan o malignas / siempre de harta energía están cargadas...".

Si el primero es arte poética, forma clásica, el segundo es el antiguo ejercicio de escribir un soneto acerca de la dificultad de escribir un soneto. "Catorce versos dicen que es soneto", escribía la voz lírica, atribuida y triunfante de Lope de Vega. En el de Oscar Hahn, el poeta, enfrentado a la tarea sobrehumana de superar los catorce endecasílabos, le pide ayuda al Señor ("Ayúdame Señor: que no zoobre / en la mitad de este terceto pobre..."), Señor que es la divinidad misma y que es, también, me parece, el lector soberano, desocupado, distraído. Lo interesante, aquí, es que el Dios lector es el creador último, el único que puede insuflar en el soneto, mediante el acto de la lectura, verdadera vida.

Abandonamos la exaltada, ingeniosa, irónica síntesis de la poesía, para internarnos en el mar proceloso de la segunda novela de Umberto Eco, *El pér culo de Foucault*. Eco, profesor, erudito, especialista en filosofía medieval y en teoría de la comunicación, hombre ligado, además, a las grandes editoriales milanesas, hace una novela de acumulación, de aluvión, de enumeración libre y heterogénea, sobre ciencias herméticas y ocultismo. Utiliza un sencillo pretexto aglutinador. Los eco de las rebeliones estudiantiles del año 68 se han devaneado. Las ilusiones de la izquierda intelectual han entrado en crisis y la lectura de libros políticos sigue una curva decreciente. En esas circunstancias, un editor dotado de buen oficio comercial le encarga a un grupo de personas la creación de una colección de li-

bros herméticos y esotéricos. Estas personas reciben a los autores y aspirantes a autores, buscan viejos libros en bibliotecas, discuten, especulan, divagan. Son individuos ilustrados, inteligentes, bromistas, con notable sentido del humor. Sus bromas y comentarios suelen implicar referencias literarias que pueden resultar oscuras, pero el hecho de no comprenderlas no impide la lectura amena. Se habla, por ejemplo, del inminente nacimiento del Patna, y se urge a Jim, el del Cáñamo, para que salte por la borda. No es indispensable, pero es mejor saber que Patna es el nombre del harco de Lord Jim, la novela de Joseph Conrad, y que su protagonista, al saltar por la borda durante un incendio, cometió un acto de cobardía que lo perseguiría durante todo el resto de su existencia y que constituye el nudo central del relato Conradiano.

La especulación de este alegre grupo de colegas editoriales los conduce hasta la Orden de los Caballeros Templarios y hasta la invención, ¿o el descubrimiento? de un Plan oculto, Plan cuyas ramificaciones se prolongarían hasta nuestros días y encerrarian una posibilidad fabulosa de poder: ¿Llegará el momento en que el grupo abandone las divagaciones eruditas, las enumeraciones de autores, libras, teorías, y pase a la acción, utilizando el poder que proporciona todo ese conocimiento? Esta pregunta constituye el curioso suspense de la novela. Uno lee página tras página impulsionado por una especie de curiosidad intelectual. Sospecha que le están tornando el pelo, pero se encoge de hombros, sonríe, y continúa con la lectura. Las tapas de los demás libros, desparramadas, esparcidas, hacen sus llamados, y uno les pide, y se pide, un poco de paciencia,

Los libros del verano [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los libros del verano [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile